

F 1351

RA



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

AL ver que en ninguno de los periódicos de la República se ha publicado una relación, un solo parte de la segunda invasión que verificaron los norte-americanos en San Juan Bautista, capital de Tabasco, me he decidido á hacer una breve reseña de un suceso, que debe formar en nuestros anales históricos una época memorable. Una multitud de voluntarios y marineros de los Estados Unidos, incendiando y destruyendo una población inerme é indefensa, abandonada cobardemente por un General, que nada hizo para protegerla, y que huyendo del enemigo se substraía hasta de la vista de sus tropas para que no fueran testigos de una conducta tan indecorosa y degradada: un Gobernador que en los momentos de tanto conflicto se ocupaba en pagarse sus sueldos, en satisfacerse algunas deudas fraudulentas, en duplicar el honorario de los empleados y aumentar el número de estos en todos los ramos de la administración del Estado, agotando así los únicos recursos con que se contaba para sostener las fuerzas que defendían la integridad é independencia de Tabasco: un Congreso que llamado para regenerarlo, solo autorizó este despilfarro, aumentándose tambien sus sueldos, y decretando una contribucion odiosísima de 6,000 pesos mensuales, cuyos productos se dedicaron á todos estos gastos, que están demostrando la falta de patriotismo, y lo mal que se ha sabido corresponder á las esperanzas de aquellos habitantes, son hechos en verdad que no deben pasar desapercibidos, y que es conveniente consignar á la prensa para que forme el complemento de ese cuadro horrible, que el egoismo y la traición han trazado en otras partes de la República.

Cuando el General graduado D. Domingo Echagaray llegó en abril último á San Juan Bautista, predicó á todos

la necesidad de prevenirse para esperar los ataques del enemigo comun, y obtener un éxito tan satisfactorio como el que se logró en los gloriosos dias 25 y 26 de octubre del año próximo pasado. Una idea tan generosa alhagó al pueblo todo, y con particularidad á la clase militar, y uno y otra de consuno le ayudaron para inflamar el espíritu público, y construir una fortificacion que se puso á una milla de la ciudad al norte, en la ribera izquierda del rio. Dicha fortificacion, si tal puede llamarse, se reducía á un espaldón donde se colocaron tres piezas de á 24, dos de á 4 y un obús de á 18. Esta obra estaba en el centro de unas trincheras que se construyeron á derecha é izquierda para colocar infantería, la cual habia de hacer un estrago terrible sobre las tripulaciones de los buques enemigos, supuesto que éstos habian de pasar á tiro de pistola por la estrechez que en aquella parte tiene el espresado rio.

En Acachapan tambien se empezó á poner un dique con troncos de árboles y los esqueletos de algunos buques destruidos, para impedir ó obstruir el tránsito de embarcaciones mayores por aquella parte del propio rio; pero esta empresa no pudo realizarse por la falta de conocimientos de los que la dirijían. A estas se redujeron todas las obras de defensa para precaver á San Juan Bautista de la invasion anunciada por conductos los mas verídicos. Como accesorias citaré las medidas que se dictaron para poner sobre las armas 700 guardias nacionales que se sacaron de diferentes pueblos del Estado, la requisicion en todo él de fusiles para armarlos, y muchas y muy repetidas proclamas del Gobernador D. Justo Santa-Anna, que despues que empobrecia las rentas del Estado con la criminal y traidora aplicacion que les daba, queria aparentar un celo hipócrita por la causa pública, y engañar á los pueblos para que pagáran la contribucion referida de 6.000 pesos mensuales, apellidada de guerra, porque debió destinarse á ella en su mayor parte; pero se invirtió, como he dicho antes, en pagar deudas ilegales y en sueldos de S. E., de los diputados que le hacian la corte, y de los muchos empleados que le rodeaban.

Esta conducta vergonzosa, que demuestra la ausencia del pudor y de todo sentimiento de justicia, rectitud y patriotismo, no era menos punible que la que observó el Sr. Echagaray en el propio sentido desde su ingreso á Tabasco. Dominado de una sed insaciable de oro, de un de-

seo de acumularlo aun por los medios mas reprobados, su primera disposicion fué apoderarse de los últimos recursos que aun quedaban á la Aduana marítima para tomarse íntegra su paga, cien pesos de gratificacion mensual de mando, otra de cuarenta pesos de casa, otra mas llamada de campaña, y varias cantidades finalmente que su rapacidad le proporcionaba. El resultado fué que se asignó quinientos pesos el primer mes; mas para el segundo no habia un solo centavo, y era menester ocurrir á algun arbitrio extraordinario para seguir asignándose la propia suma, y discurrió suprimir el hospital militar, y apropiarse los recursos destinados á sostener un establecimiento tan útil, como indispensable y necesario. Imagínese cual sería la indignacion que escitó un hecho tan bárbaro, visto con horror hasta por los americanos. Los enfermos pasaron al hospital civil, en donde no habia local suficiente ni aun para los paisanos, y en donde tuvieron malísima asistencia, y carecieron de los auxilios y comodidades que disfrutaban antes. El director, practicantes y demas empleados fueron mandados á sus casas, y el material y enseres de dicho establecimiento, vino á desaparecer como por encanto.

La clase militar era la mas agraviada con un hecho tan inhumano y arbitrario, pues se le privaba del único recurso que le quedaba en sus dolencias, despues que antes se le despojára de los medios destinados á su mantenimiento, supuesto que para que el Sr. Echagaray tuviera su sueldo y las gratificaciones mencionadas, fué necesario reducir á la guarnicion á una octava parte de paga, y á escaséces y privaciones insoprtables. Triste fué entónces la posicion del soldado en Tabasco. Sin vestuario, sin calzado, casi desnudo, privado de su prést, en un clima mortífero, y sujeto al despotismo y procacidad de un gefe sin virtudes de ninguna clase, no le alentaba otra esperanza que la de batir por segunda vez á los americanos, y llenar honrosamente los nobles deberes que la Patria le imponía en la crisis aflictiva en que se encontraba. Por fortuna, los gefes y oficiales abundaban en los propios deseos, y es muy digno de elogio el sufrimiento con que toleraron unos males, que habrian podido evitar á no ser tan subordinados.

Pero aun les faltaba todavía que soportar algunas otras calamidades, y ser testigos de escándalos que jamás se habian representado en Tabasco. El Sr. Echagaray, des-

pués de haberse aplicado los recursos destinados al hospital militar, creyó que ya no debía pararse en el camino de sus infracciones, y que un paso tan avanzado debía conducirle á otro. Dispuso, pues, que todas las cantidades procedentes de la referida Aduana, Administracion de rentas, Tesorería particular del Estado ó de cualquier otro origen, ingresasen á su casa y no á la Comisaría, bajo el pretexto de que en ella no se hacian con la debida equidad la reparticion de caudales. Quedó por lo mismo privado del manejo de ellos el Comisario general y los demás empleados de dicha oficina, y aunque reclamaron con energía tamaño atentado, no lograron que se les escuchase, quedando el Sr. Echagaray convertido definitivamente en Comisario. A su casa concurrían los habilitados de los cuerpos; así como todos los gefes y oficiales sueltos á recibir muy rara vez alguna pequeñísima cantidad por cuenta de sus pagas. Es por demás advertir, que entónces se aumentaron las escaseces hasta el punto de faltarle el alimento cotidiano al soldado, no porque se hubiesen disminuido los ingresos, que al contrario se cuadruplicaron con las cantidades que daba el Estado por cuenta del contingente, sino porque estas iban al bolsillo de un hombre, cuya avaricia era insaciable. Se habia quitado la máscara con un cinismo insultante, habia dicho y repetido públicamente que no habia ido á un país tan mortífero á mudar temperamento, y que solo esperaba reunir cierta suma para retirarse de la carrera de las armas. Desgracia es para la Nacion que no lo hubiera verificado antes de que deshonrase su clase con hechos tan bastardos, y degradase un puesto que jamás debió confiarsele.

Los sucesos que acabo de describir produjeron un profundo descontento en todos los ánimos, y enfriaron el entusiasmo que al principio habian producido las obras de defensa y las escitaciones del Comandante general, pues veían que todo no era mas que una farsa para desviar la atencion de las dilapidaciones que se ejecutaban. Ya nadie creía en el patriotismo del Sr. Echagaray, ni menos en el de D. Justo Santa-Anna, los consideraban destituidos de buena fé, y de la nobleza de sentimientos que en las grandes crisis debe caracterizar á los gobernantes; así es que, si los ciudadanos tomaban las armas, pagaban los impuestos, y contribuían de diversos modos á los preparativos de guerra que se hacian, era con la mayor repugnancia, é impulsados por la violencia y por las amenazas,

pués veían que en realidad no se trataba de pelear con los americanos, sino de aparentar una defensa para quedar bien con el Gobierno de México, y pedirle cruces, premios y recompensas, cuando realmente no merecian otra cosa que un presidio, por haber escogido una época de tanta amargura y afliccion para improvisar sus fortunas, contribuir á nuestro descrédito, y aumentar las desventuras de la Pátria.

No eran, sin embargo, partícipes de una conducta tan criminal los gefes y oficiales de la guarnicion de Tabasco. Descosos de cumplir con sus honrosos deberes, como lo hicieron en octubre último, y de distinguirse ante el enemigo para merecer los adelantos á que aspiraban, veían en los rastrosos sentimientos de su general un obstáculo insuperable, que lamentaron en silencio, y que no se atrevieron á arrollar, porque para ello se necesitaba una revolucion, y les parecia un crimen, como lo era ciertamente, verificarla al frente del enemigo, y en las circunstancias calamitosas en que estaba la República. Esto lo conocian bien los Sres. Echagaray y Santa-Anna, y se consideraron seguros en unos puestos, sostenidos por el patriotismo, subordinacion y noble sufrimiento de unos militares, dignos de otro General, que supiera apreciar sus virtudes, y que las empleara en provecho de la Nacion, que tanto necesita del generoso esfuerzo de todos los mexicanos.

Pero se preguntará ¿qué hacia el Gobierno de México, que no ponía remedio á tantas atrocidades? Voy á responder, manifestando que las ignoraba, porque desde la toma de Veracruz se habia paralizado el correo de Acajúcam, único que ponía á Tabasco en relaciones con el resto de la República. Además, aun cuando por algun conducto desconocido hubieran llegado estos males á su noticia, estaba demasiado angustiado con la defensa de México, próxima ya á ser atacada, para que se ocupase de un Estado, que jamás le ha llamado la atencion, y que aun en épocas anteriores lo ha dejado perder, ya con las disenciones intestinas, ya con la invasion de los americanos, que empezaron á hostilizarlo desde octubre del año anterior. Solo D. Valentin Gomez Farías se acordó de aquel país en los funestos dias de su última administracion, para hacerle el presente de dos funcionarios públicos, dignos del que los eligió para instrumentos de sus planes.

Tal era la situacion de aquel Estado cuando en 12

de junio se recibieron positivas noticias de que los buques de guerra americanos que desde octubre estaban en la Frontera (*), se aumentaban con suma rapidéz para volver sobre la capital y ocuparla definitivamente. En el acto se hicieron venir los guardias nacionales que se estaban organizando en los pueblos de la Chontalpa, cuyo número unido al de los de la capital y la Sierra, ascendía á 700: añádase á este 200 del Batallon de Acayúcam y de los demas piquetes, tan destruidos como este cuerpo, por la desercion que originaba la miseria, y se tendrá una fuerza de 900 hombres armados, que se distribuyeron, mandando 250 á Acachapan, 150 á la Sierra, y el resto con las tropas activas, permanentes y artilleros se situó en el fortin y trinchera que he descrito anteriormente. El primer destacamento tenia por objeto dirigir sus fuegos sobre las tripulaciones de los buques enemigos; el segundo hacer lo propio y cubrir el camino de tierra, que sigue la direccion del rio, y el tercero que se componia de lo mas escogido de nuestras tropas, debia defender el fortin y trincheras á toda costa, y sostener los fuegos de nuestra artillería.

Así estaba dispuesta la defensa cuando en 16 del propio junio á las doce del dia se presentó el enemigo, trayendo tres buques de vapor, una bombardera y dos bergantines, y ademas 1,200 infantes y marineros que habian desembarcado en el precitado camino. Estos hacian su marcha muy pausadamente á causa de las empalizadas y diferentes obstáculos que se pusieron de antemano, dando tiempo para que el primero ó segundo destacamento los hostilizase, si hubiera querido. Metidos entre breñales y espesuras, no podian ser vistos, ni socorridos por sus buques, que forzando las máquinas se aproximaban al punto atrincherado, escogido por el Comandante general para hacerles el mayor estrago posible. Ahí estaba la artillería de grueso calibre, las mejores obras de fortificacion que se habian construido, un gran depósito de parque y municiones, y ahí finalmente estaba el teatro elegido con tanta anticipacion para echar tres ó cuatro buques á pique, detener la marcha del enemigo y dejar bien puesto el honor de las armas nacionales. Ahí tambien estaban fundadas las esperan-

(*) Este es un pueblo pequeño, situado en la ribera del rio principal á una milla de su desembocadura al mar.

zas de la poblacion toda, así como las de los soldados, gefes y oficiales, que en aquellos momentos era estremado su entusiasmo, y deseaban batirse, si no para obtener un triunfo, al menos para dejar una memoria honrosa y un testimonio de que saben corresponder á las esperanzas de la patria; ¿mas cual fué el asombro de todos cuando reciben orden del 2º cabo de la Comandancia D. Ignacio Martinez para retirarse por un camino cubierto que se dirijía al Campo-Santo? Los gefes piden esplicacion de una orden tan vergonzosa y cobarde, y el que la dá dice que la ha recibido del General Echagaray. Buscan á este para interrogarle, y observan que iba corriendo á todo escape, huyendo de los vapores enemigos, que ya se aproximaban dirijiendo algunas bombas y balas rasas. Entonces se verificó la retirada en un desorden que no pudo ser mas grande. Una gran parte de la guardia nacional tiró sus armas en los montes inmediatos, y se dirigió á los pueblos de donde habian venido. Solo el Batallon de Acayúcam guardó alguna formacion, aunque no dejara de experimentar una baja considerable. Los artilleros tambien verificaron en orden su retirada, despues de haber dirijido seis ú ocho tiros al enemigo, aunque sin causarle ningun daño. El resultado fué que los americanos pasaron el rio sin novedad, fondeándose al momento en el barranco, y que á las tres horas llegara su infantería por tierra, apoderándose del abandonado fortin, de la artillería, parque &c. Nada se salvó, ni aun las calderas de los ranchos.

Al llegar nuestras tropas al Campo-Santo encontraron al Sr. Echagaray, solo, sin ningun ayudante, ya un tanto repuesto del susto que llevara. Dispuso entonces que hicieran alto para esperar á algunos resagados, y al cabo de un cuarto de hora ordenó que continuáran la marcha para Tamulté (*), en donde descansó de *tan gloriosa jornada*, pues decia á los que le rodeaban, y tambien lo aseguró en sus pomposos partes al Gobierno, *que habia abandonado la capital por un efecto de prudencia, por no esponer infructuosamente á sus soldados; pero que dejó bien puesto el honor de las armas mexicanas.*

Desde ese dia de eterno baldón empezaron los desastres de la guarnicion de Tabasco. Los cuerpos y pi-

(*) Este es un pueblo de indios, distante una legua de la capital de Tabasco.

quetes habian perdido sus depósitos, y los oficiales sus equipages, estando unos y otros en poder de los americanos. Nadie, con escepcion del Sr. Echagaray, poseia un solo centavo, y carecian todos hasta del alimento necesario en un país que tiene, quizá con razon, muy pocas simpatías por los militares, y en donde el tomar las armas para defender su integridad era, segun la expresion de los egoístas, comprometerlo é incurrir en un crimen imperdonable.

En Tamulté se pasó revista á las tropas que se componian de 100 hombres del Batallon de Acayúcam, 7 artilleros, 4 de la 2.^a compañía permanente de infantería, ninguno de la de caballería, y 115 de los nacionales de la capital y de sus inmediaciones. Habíamos tenido una baja de 674 hombres, y los que nos quedaban estaban desanimados con el ejemplo de la mas punible cobardía. Los enfermos fueron colocados anticipadamente en la casa municipal sin proporcionarles ningun auxilio, dejándolos enteramente á la generosidad de los indios.

Este era el cuadro de nuestra situacion, cuando el Sr. Echagaray empezó á discurrir el camino que elegiría para alejarse aun mas de las fuerzas enemigas. Estaba decidido á partir sin demora; pero no sabia si al Estado de Veracruz ó al de Chiapas, pues solo en uno ú otro, segun sus cálculos, se consideraba seguro y libre de peligros. Entonces fué cuando manifestó ese carácter pusilánime é irresoluto, que ha causado mas males que los propios invasores. Consultaba con todos los gefes, con algunos paisanos, con todo el que veía, y se decidia á adoptar el parecer del último que le aconsejaba. Al tiempo de ponerlo en práctica, encontraba dificultades, y retrocedia, impulsado ademas por las opiniones casi siempre contradictorias entre sí de los que le rodeaban, convertidos en directores de un General el mas ignorante de sus deberes militares. Al fin, considerando que estaba á una legua de distancia del enemigo, se decidió á salir de Tamulté y á dirigirse á Huimanguillo, primer pueblo de Veracruz, confinante con Tabasco. La marcha se emprendió á las cuatro de la tarde, dejando abandonados los enfermos, y el único parque que quedaba (*) espuesto á caer, como el otro, en manos de los americanos. No se guardó

(*) Este parque estaba en Tamulté desde mucho antes de la invasion americana.

ningun orden, ni se tomó ninguna medida de precaucion, ya para evitar un ataque de ellos, ó bien para contener la desercion que espermentábamos por la retaguardia. Tampoco llevábamos un práctico que conociera aquellos terrenos; así es que á poco andar nos estraviámos en unos bosques impenetrables, en los que nos acogojaba horriblemente el sancudo, el gején, el chaquistle y todas las demas plagas propias de un país tan insalubre y mortífero. Para darnos mas mal, cayó una lluvia copiosísima, y bajo ella continuamos abriéndonos paso por zanjas y veredas difícilmente transitables. En esta situacion nos cogió la noche, y traspasaba el corazon ver á la tropa, lo mismo que á los oficiales, atascados en pantanos y breñales, en que dejaron el calzado y muchos hasta parte de su ropa. Así continuámos hasta las ocho de la noche en que se hubo de encontrar una choza perteneciente á un sitio de cacao. En ella se alojó como pudo la tropa. El Sr. Echagaray para hacerlo con mas comodidad continuó hasta otro sitio una legua distante en que durmió profundamente, sin experimentar el mas leve pesar por la penosa situacion á que habia traído á sus subordinados.

Al siguiente dia, que fué el 17, varió de resolucion, y ya no quiso continuar para Huimanguillo. Opinó por la marcha á las Chiapas, y en consecuencia variámos de direccion, tomando el rumbo de la Lagartera para estar el 18 en las Raíces. El camino se hizo con el propio desorden é imprevision, y aumentándose á cada paso nuestros trabajos. El 19 marchámos para Jalapa, y el 20 para Tacotalpa, en donde fué necesario hacer algun descanso para reponernos de tantos desastres. Dos dias hacia que estábamos allí, cuando se recibió la noticia de que D. Pomposo Maldonado y su hermano D. Pánfilo con 150 nacionales de Huimanguillo habian pasado por Cunduacán (*) y se dirijian á S. Juan Bautista á hostilizar á los americanos.

Este fué un golpe patriótico y generoso, que contrastaba singularmente con nuestra precipitada y vergonzosa fuga á las Chiapas. Con él se habian reanimado los pueblos que estaban acéfalos, consternados y abatidos. Hubo algunos en donde se tratara de mandar una comision al

(*) Este pueblo es uno de los mas grandes de Tabasco, y dista 9 leguas de su capital.

gefe de las fuerzas enemigas para hacerle ofertas de rendimiento y vasallage, con el fin de precaver los males que la ocupacion á mano armada trae siempre consigo. Los Maldonados llegaron á tiempo para evitar tamaña ignominia, revivir el espíritu público, y obligar á los egoistas á tornar sus traidores proyectos en otros mas provechosos y honoríficos.

Los gefes y oficiales que estaban en Tacotalpa esperimentaron entonces una emocion muy profunda, y trataron de romper el tristísimo papel que representaban muy á pesar suyo. Manifestaron al Sr. Echagaray, sin miramiento alguno, lo deshonroso de su conducta, y le obligaron á retroceder hasta Tamulté, punto de donde salieron desde el primer dia de la invasion del enemigo. El objeto era aproximarse á él para batirlo en combinacion con las fuerzas venidas de Huimanguillo. Imagínese el lector ¿cual seria el miedo y disgusto de su señoría al ver frustrado su proyecto de emigrar al Estado vecino, destruidas sus esperanzas de pasar una vida tranquila, y de alejarse de un teatro que no ofrecia mas que privaciones y peligros? Tuvo sin embargo que disimular la violencia que se hacia, y ceder al torrente de circunstancias irresistibles. Se emprendió por tanto el movimiento retrógrado, y se llegó al pueblo referido el 28 del citado mes, despues de 13 dias de marchas y contra-marchas por terrenos pantanosos, escabrosísimos, escasos de recursos, y en donde la tropa tuvo que sufrir penalidades que no le es dado describir á una pluma tan pobre como la mia. ¿Cómo responde el Sr. Echagaray cuando se le hagan cargos por estos males inútiles á la causa pública; por su empeño en abandonar un país, cuya defensa le habia confiado el Gobierno de la Nacion; por no haber salvado el parque, depósitos y artillería; por su falta de método y de plan; por su irresolucion y disposiciones contradictorias; por el desorden é imprevision en sus marchas, y por no haber tomado una vez siquiera aquellas medidas precautorias que recomiendan los preceptos de la guerra, y que son indispensables al frente de un enemigo, tan respetable por su número, como por los elementos en que abunda?

Como los Maldonados con su resolucion tan repentina como digna de elogio, habian mudado la fáz de los negocios en Tabasco, y destruido de un golpe los innobles proyectos del Comandante general, se atrajeron el

odio de este, aumentado mucho mas con la venida de D. Eulalio, hermano de aquellos, al frente de cien nacionales de Pichucalco, regularmente organizados é instruidos. Este aumento de fuerzas daba, en concepto del Sr. Echagaray, mucha importancia á dichos señores, y trató de rebajarla, quitándoles el mando de ellas, y poniéndolas al del Teniente-coronel de nacionales D. Miguel Bruno. Esto no obstante, ellos siempre las condujeron en union de este gefe al frente del enemigo, al que dia y noche estuvieron constantemente hostilizando. Situados unas veces en Atasta, otras en Tierra-Colorada, Macultepec ó donde lo exigian las circunstancias, hacian sus incursiones hasta entre las calles de la Capital, sin embargo de que esta estuviera bien protegida con numerosa artillería, y una guarnicion americana bien considerable. Otro tanto empezaron á hacer á su llegada el batallon de Acayúcam, los piquetes y artilleros que se habian aumentado, y que no teniendo cañones hacian el servicio como infantes. Así se continuó haciendo la guerra á los opresores de nuestra pátria, hasta que en 20 de julio, conociendo estos que era infructuosa su permanencia en dicha Capital, resolvieron abandonarla, despues de haberla ocupado treinta y cinco dias y de haber tenido una pérdida de ciento y tantos muertos, no tanto por nuestras balas, como por los efectos bien conocidos de un clima tan mortífero.

De esta suerte terminó la expedicion de los americanos; pero antes de referir sus estragos y los sucesos á que dió origen, debo retroceder para contar un hecho importante, ya bosquejado en una de las numerosas proclamas del Gobernador D. Justo Santa-Anna.

Cuando regresó á Tamulté el Sr. Echagaray con las fuerzas que habia llevado á Tacotalpa, recibió una carta de persona fidedigna y muy adicta á la causa de los mexicanos, en que le aseguraba que los enemigos meditaban una expedicion para atacarlo al siguiente dia, aconsejándole por tanto que se preparase para que no fuese á ser sorprendido. Dicha carta la leyó delante de varios oficiales, diciendo en tono de hombre que nada teme, que aquella no era mas que una noticia despreciable, y que no merecia la pena de que nadie se alarmara. Ann cuando fuera así, en lo que estuvo muy equivocado, como se vió por los sucesos que se siguieron, debió siempre prevenirse, por si acaso era efectivamente

atacado, y tomar las medidas militares que sugiere la prudencia, pues ademas de que así se lo recomienda la ordenanza; su honor, su propia seguridad y la de tantos militares que tenia á sus órdenes, exijian que los pusiera en salvo, si no tenia la intencion de batirse, y de frustrar la intentona de los americanos. Pero no entraba en su carácter irresoluto y ánimo apocado, disponer siquiera que se situasen algunos destacamentos por los caminos que se dirigian á su campo, en el cual se hacia el servicio muy confiadamente, sin guardarse precaucion alguna, como desde que empezó esa desdichada campaña.

Los americanos lo sabian y resolvieron aprovecharse oportunamente. Salieron de la Capital el dia citado en la carta á las ocho de la mañana, en número de 250, marineros y voluntarios en su mayor parte, con dos piezas de á 4, y se dirigieron á Tamulté por el camino real, sin ser vistos ni sentidos por nuestros militares. Al aproximarse á las inmediaciones del pueblo, fueron observados por un indio leñador, que vino á toda prisa á dar aviso al Sr. Echagaray, quien sin tomar ninguna medida, ni hablar una sola palabra, montó á caballo, que con anticipacion lo tuvo ensillado, y corrió á todo escape por el rumbo de Huimanguillo. En él encontró á multitud de mugeres que huian del peligro, y que se avergonzaban de que el Comandante general hiciera lo mismo. Con aquella franqueza que les es característica, le reprendieron su cobardía, y le ordenaron que no las comprometiese haciendo con ellas el propio camino. Entonces tomó otro; mas como no lo conocia, estuvo perdido todo aquel dia y parte del siguiente, hasta que siendo encontrado por unos prácticos, lo dirigieron á Cunduacán, á donde ya le habia precedido la noticia de su desastre.

Entre tanto, el campo mexicano habia sido sorprendido y tomado por el enemigo. Nuestros soldados á su aproximacion corrieron á las armas, se dividieron en guerrillas, se internaron en el bosque inmediato, y desde él le causaron algun estrago; mas pronto fueron batidos y dispersados á metrallazos. El Teniente-coronel D. Alejandro García, el Comandante del batallon de Acayúcan D. José María Oñate, el Capitan D. José María Martínez Vaca y algunos otros oficiales, hicieron esfuerzos extraordinarios por evitar esta desgracia; pero nada pudie-

ron con una fuerza mas organizada y los estragos de una artillería bien servida, contra la cual no se podia oponer mas que fusiles, pues ya he dicho que toda la que poseíamos habia caído en poder de los americanos. El resultado fué que tuviéramos cuatro muertos, siete heridos, una dispersion la mas completa, la pérdida del poco parque que teníamos, y un desaliento el mas fatal en circunstancias tan afflictivas.

El citado Comandante Oñate con la mayor parte de sus oficiales, se situó en la hacienda de D. José Julian Dueñas para ir juntando á los dispersos, y con su infatigable actividad logró reunir á unos sesenta, con los cuales emprendió la marcha para Cunduacán, á virtud de orden que le diera el General D. Ignacio Martínez, que funcionó de Comandante general en las 36 horas que el propietario estuvo perdido ó ausente. Otra parte de los dispersos recaló á este mismo pueblo, y el resto ha permanecido en desercion hasta la fecha. Cuando ya todos estaban reunidos, se les pasó revista y no pasaban de ochenta, siendo así que antes de la accion llegaron á 250.

He dicho ya que el Comandante general fué conducido á Cunduacán despues de su escandaloso contratiempo, y que en aquel pueblo se habian reunido los restos de nuestras fuerzas. Debo ahora añadir para anudar el hilo de los sucesos, que á los seis ú ocho dias marchó con ellas á Jalpa, (*) de donde resolvió no moverse, ni volver á ningun punto que, como Tamulté, estuviera próximo á los americanos. Desde ahí se propuso hacerles la guerra, y empezó á dar órdenes á las guerrillas, que no le obedecieron, porque su desconcepto habia ya roto los vínculos de la obediencia. Desde ahí mandaba comisionados á los pueblos para que le trajesen el producto de la contribucion directa, que en los de la Chontalpa estaba destinado para los gastos de la guerra, privando así de estos recursos á los que la hacian de veras, y se sacrificaban por la pátria generosamente. Desde ahí dirigió, por último, esas notas falsísimas, tan pedantes, tan faltas de lógica y de buen sentido, al Supremo Gobierno. En una de ellas, despues de hacer una relacion de las medidas militares que tomó en Tamulté, le dijo: *Que puesto al frente de nuestras tropas habia contenido bizarramente al enemigo, al que abandonó el campo, porque no era punto*

(*) Este es un pueblo distante 7 leguas de la Capital.

de que resultase ventaja alguna su defensa. En seguida hace la recomendacion de estampilla, acostumbrada por nuestros generales, de los valientes gefes, oficiales y tropa que se distinguieron denodadamente á su lado, y concluye felicitando á la Nacion por lo bien puesto que dejó el honor de las armas nacionales. En otras comunicaciones bosquejó con la misma veracidad el cuadro de los sucesos de la guerra, sin embargo de que estuviera bien poco impuesto de ellos, porque ningun gefe le dió jamas un solo parte de sus operaciones, como ni tampoco de las novedades que ocurrían á cada momento. Lo único bueno que hizo el Sr. Echagaray en su permanencia en Jalpa, fué organizar el cuadro del batallon de Acayúcam, de la compañía de artillería y de la segunda permanente, agregar algunos nacionales á esta fuerza, ponerla á las órdenes del Teniente-coronel D. Alejandro García y mandarla á Loma de Caballos (*) para que en combinacion con los Sres. Maldonados y Bruno operase contra los invasores, como ya he dicho anteriormente.

Se ocupó ademas el Sr. Echagaray, en dividir á la clase militar, especialmente á los gefes, y en introducir en ellos la anarquía mas completa. En esto obró como político diestro, el que parecia negado hasta la estupidez cuando le amenazaba algun peligro, ó tenia que cumplir la parte árdua y difícil de sus deberes. Su objeto era que no pudieran convenirse entre sí, sobre el que debia reemplazarle en la Comandancia general, de la que trataban de despojarlo abiertamente, desde que su conducta le concitára tanta desafeccion, como descrédito. Puso en práctica una de las máximas bien sabidas de Maquiavelo para triunfar de sus enemigos, y logró el mejor éxito, porque si bien era cierto que todos deseaban arrojarlo de su puesto, no se avenian sobre el gefe que debiera sucederle. Indispuso á los unos contra los otros, en tales términos, que los que antes eran íntimos amigos, llegaron luego á aborrecerse, haciéndose una guerra de intrigas, tanto mas funesta á la causa pública, cuanto que se relajaba la subordinacion y disciplina, trascendiendo hasta á las clases subalternas.

Voy ahora á dar una ojeada sobre los americanos que ocupaban la Capital. La guerra á que estaban constituidos

(*) Esta es una hacienda de ganado que está á 3 millas de la Capital.

era puramente defensiva, pues no hacian otra cosa que repeler constantemente los ataques de nuestras guerrillas. Al aproximarse cualquiera de ellas, disparaban á diestro y siniestro su artillería, destruían multitud de edificios, y quemaban todos aquellos por donde habian aparecido nuestros tiros. Doseientas cincuenta casas de huano fueron reducidas á cenizas, arruinaron algunas otras de material y condenaron á la mendicidad á multitud de familias infelices. Su inaudita conducta repugnaba á los sentimientos de la humanidad, tanto como se oponía al derecho de la guerra observada entre naciones civilizadas y cultas. Quizá no intentaron otra cosa que vengarse de la mala suerte que tuvieron en octubre del año anterior, en que fueron tan victoriosamente rechazados por la misma guarnicion que ahora vencieran tan fácilmente; pero entonces la mandaba el denodado coronel D. Juan Bautista Tracónis, que no reparaba en la superioridad del enemigo para acometerlo, y llenar con honor sus áridos y nobles deberes. Su carácter intrépido y valeroso le proporcionó entonces mucha gloria, y se la habria grangeado tambien ahora, si su malhadado pronunciamiento le hubiera permitido su continuacion en el mando de las armas de aquel Estado. La clase militar, como los tabasqueños todos, lo echaban de menos en esta segunda invasion, en que los resultados fueran tan oprobiosos, como satisfactorios los de la primera. El mismo Comodoro americano Mr. Perry decia y repetia en los primeros dias de su llegada á Tabasco, que *Tracónis merecía cenir una faja verde, y que si ese gefe hubiera mandado ahora, le habria matado cien hombres y echádole dos ó tres buques á pique, aunque siempre perdiera la Capital por los malos elementos que tenia para defenderla.* Estos elogios son muy honoríficos é imparciales en boca de un enemigo, que no tiene otros datos para juzgar, que los hechos.

A la noticia de que los americanos habian abandonado la Capital, se vino á ella el Sr. Echagaray, precediéndole las tropas que estaban en las inmediaciones. Al encontrarse de nuevo en el ejercicio de la Comandancia, de que casi estaba privado, así por la justa subordinacion de los guerrilleros, como por la distancia á que habia estado de ellos, creyó que debia restablecer el orden, y se propuso hacerlo, pero á su modo. En los dias de su adversidad, pues así se les debe llamar á los de la campaña, fué reprochado muy acremente por todas

las clases, principalmente por los militares, á causa de sus continuas y escandalosas infracciones. No teniendo ya valor para llevarlas adelante, porque su desconcepto le ocasionaba tenaces resistencias, quiso hacer de la necesidad virtud, una especie de retractacion pública, y confesar sus errores para captarse las voluntades. En consecuencia dispuso restablecer la Comisaría, instaurar á los empleados en el ejercicio de sus funciones, y que estos volviesen á reasumir el manejo de los caudales; pero no dió una distribucion, sin embargo de que se le exijiese, de los que estuvo recaudando é ingresaron á su casa en los tres meses que tuvo una conducta tan irregular y extraordinaria. Tambien restableció el hospital militar, porque ya no pudo resistir á los gritos de la humanidad doliente, ni á las enérgicas reclamaciones que se le hacian; pero poniendo nuevos empleados, con desprecio de los antiguos, que ademas de sus servicios y recomendaciones, poseían una propiedad que les habia conferido el S. Gobierno. Por este estilo continuó el restablecimiento del órden; pero nunca pudo prescindir de tomar su paga íntegra, sus innumerables gratificaciones, y de proteger algun contrabandillo cuando mediaba la seducción del oro.

Una de sus mas notables medidas fué la de mandar que regresasen á Chiapas sesenta infantes del 9.º permanente que habian venido á contribuir á la defensa, y que se retirasen á sus casas los guardias nacionales que tan brillantemente habian cumplido con sus deberes. Le causaban temor estas fuerzas, creía que podian atentar contra una autoridad tan despreciada y efímera como la suya, y se determinó á dejar el pais indefenso completamente, sin embargo de que aun los americanos permanecieran en la Frontera, como creo que permanecerán mientras dure la presente guerra. Quedó reducido á 53 hombres del destruido batallon de Acayúcam, con los cuales no habia ni para la guardia de prevencion, porque tenia en el hospital muchos enfermos.

Otro de los objetos que tuvo el Comandante general para deshacerse de dichas fuerzas, fué el de utilizar en su provecho los recursos que se invertían en sostenerlas. No es ligereza pensarlo así, porque si á su modo de ver, se habia concluido la guerra, no tenia el mas leve temor de volver á ser invadido, y era por consiguiente innecesario tener sobre las armas á los que las lleva-

ban tan honrosamente, ¿porqué no levantó el estado de sitio, que tan enormes males causa á todos los ramos de la prosperidad y riqueza del Estado, pero principalmente al comercio y á la administracion de justicia? Es bien claro que deseaba conservar esa situacion para retener la inmensa autoridad, que el decreto de 26 de abril último daba á los comandantes militares de las plazas; amenazadas ó sitiadas por el enemigo. ¿Pero si este, segun dijo su señoría varias veces, ya no era de ninguna manera temible, para qué se empeñaba en guardar un poder tan omnímodo? Voy á decirlo: para intervenir en todas las rentas, en las interioridades de las oficinas, en los abastos de las carnes, en todo cuanto se le antojaba y queria. Resultaron necesariamente muchos atropellamientos, muchos desórdenes que ya no pudieron soportarse, y entonces le reclamó el Gobernador del Estado de oficio, y entabló con él esa polémica, cuyas comunicaciones insertas en los números correspondientes al 19 y 22 de agosto del periódico titulado el *Tabasqueño*, dan una idea de los avances de la autoridad militar, y del heroico sufrimiento de aquellos pueblos, destinados á ser el teatro de iniquidades é injusticias, que no se ven en ninguna otra parte de la República.

Haciendo uso de esas propias facultades extraordinarias de que se creía investido dicho general, despojó al mayor de la plaza, al comandante del batallon de Acayúcam, al de la compañía permanente de caballería y á varios otros gefes y oficiales de sus respectivos destinos, les puso sus pasaportes en la mano, y los obligó á marchar para México por el rumbo de Chiapas, sin mandarles dar para este largo y costosísimo viaje, mas que una media paga, despues que por espacio de mucho tiempo les hiciera pasar crueles necesidades, porque ya he dicho cómo disponía de los caudales públicos. Tambien puso en prision al 2º ayudante del batallon guarda-costa de Tabasco, al coronel de los nacionales de S. Juan Bautista y á varios otros militares y paisanos. El motivo de estas persecuciones emanaba de su carácter vengativo, de las murmuraciones á que daba lugar su conducta, y de sus temores de que al fin se convinieran en el gefe que debia reemplazarle en la comandancia general, poniendo así término á sus arbitrariedades, muchas de ellas tan bárbaras como inútiles. Por ejemplo, mandó fusilar á un tal Alvino Sicler, sin forma alguna de juicio, porque se decía que du-

rante la invasion habia servido á los enemigos. Podria ser cierto este delito, y podria tal vez merecer aquel desdichado la suerte que le cupo; pero ¿por qué no se le juzgó con arreglo á las leyes, no se oyó su defensa, ni se examinaron testigos, despreciándose todas las fórmulas tutelares de la inocencia? Yo no estoy porque queden impunes los crímenes; pero opino que si se fueran á fusilar á los que han tenido y tienen criminales relaciones con los invasores, seria necesario llevar al patíbulo algunos millares de mexicanos, entre ellos á su señoría, que por un vil estipendio permite el comercio con aquellos, y para mostrar entereza y patriotismo, aplica el último suplicio á un hombre pobre y cargado de familia, á la vez que cierra los ojos sobre las traiciones de otros, nada mas que porque son poderosos y ricos.

A propósito del comercio que se hace en Tabasco con los enemigos, voy á copiar el párrafo de una carta que con fecha 28 de agosto dirige una persona de las mas respetables de aquel país á otra de México, encargándole que para que llegue á noticia del Gobierno la publique en algunos periódicos. Dice así: „El 16 del corriente salieron de esta capital 18 canoas conduciendo mil trescientas cargas de cacao para el puerto de la Frontera, en donde aun permanece la mayor parte de los buques americanos que nos invadieron en los meses pasados. Este efecto pagó al Comandante general antes de su embarque un peso por carga, y al llegar al citado puerto pagó otro derecho á la Aduana que ahí tiene el Gobierno de los Estados- Unidos. Un vapor enemigo vino á proteger por el río esta expedicion mercantil, y á un celador del resguardo marítimo, por haber intentado con otros individuos impedir este contrabando, lo puso preso el Sr. Echagaray, y le mandó formar sumaria con escándalo de todos los hombres patriotas y sensatos. El 22 regresaron todas las canoas tripuladas por mas de 60 mexicanos, que sin reboso confesaban que venian de país ocupado por el enemigo, y daban noticia de cuanto habian visto y observado. ¿Qué se hizo para castigar á estos culpables? Vergüenza dá decirlo, nada; porque la Comandancia general concedió este permiso, en virtud de las facultades extraordinarias de que se cree investida. El cacao por fin se embarcó en la goleta americana Selim, y en el bergantin goleta español Manuelito, dirigiéndose el primero á Veracruz, y el segundo á Tampico.” Posteriormente he sabido que estas especulaciones han continuado, como era de esperarse, por

ser tan lucrativas, así á aquel comercio, como á la autoridad que dá dichos permisos.

Estraño parecerá que en una sola persona se reunan tantos errores, tantos defectos, tantos crímenes, pues hasta la pluma se resiste á describirlos; pero los hechos que refiero son tan notorios, que hasta fuera de Tabasco son bastantemente conocidos. Los que lean estas líneas me creerán, y formarán idea del carácter y talentos del Sr. Echagaray, cuando sepan que hasta hoy no ha querido jurar, ni permitir que los militares juren la acta de reformas á la constitucion de la República, diciendo *que es una produccion demagógica, abortada por un congreso mulo, que vale tanto, como los otros que le han precedido.* Se le ha objetado que toda autoridad emana de la ley fundamental, y que si no hace el juramento de obedecerla, tiene que cesar en su destino, ó que ponerse en pugna con el sistema que nos rige; pero se hace sordo á estas razones, y ciego al ejemplo que le han dado el Gobernador, la Diputacion permanente, el Tribunal superior de justicia y todas las demas autoridades del Estado, que desde principios de julio prestaron el referido juramento en los términos prevenidos en el decreto reglamentario que se espidió al efecto. El que con tanta facilidad desprecia las leyes constitucionales que la nacion se ha dado por medio de sus legítimos representantes, ¿qué de particular tiene que haya subvertido tantas veces el orden, y que se convierta en árbitro de los destinos de Tabasco?

Un tirano como el Comandante general no podia marchar de acuerdo con el Gobernador D. Justo Santa-Anna, que por su parte se consideraba tambien con facultades omnimodas, aspiraba á dominar esclusiva y despóticamente en aquel Estado, y tenia la propia sed de oro que su competidor y constante adversario. Mientras que el uno estaba, como ya he dicho, en Jalpa, queriendo desde allí hacer la guerra á los americanos, y apresurándose á recaudar las contribuciones, el otro se mantenía en Tacotalpa, haciendo lo mismo, repartiendo su producto entre él y un enjambre de empleados que le rodeaban, espidiendo dos proclamas por semana, dando patentes de guerrilleros á una porcion de criminales, incapaces de presentarse ante el enemigo, pero sí muy abonados para estorsionar á los ciudadanos pacíficos, y cometiendo mil otros abusos, en fin, que le ocasionaron el ódio y desprecio de los tabasqueños. Abrumado con el sentimiento de que me

recia uno y otro, viendo que el Departamento de la Sierra no quería contribuir ya con gente ni dinero para las actuales exigencias, mientras él estuviese al frente del Gobierno, que los demás departamentos iban á hacer lo mismo, y que no tenía fuerza armada que lo sostuviera, entregó el puesto al Vice-Gobernador D. José Julian Ducñas, con un dolor tal, que no pu- lo menos que manifestarlo en tier- nas y sentidas cartas á los de su partido, es decir, á los que contribuyeron con él á chupar la substancia de los pueblos.

Al escribir estas líneas me ha sido en extremo sensible tener que usar de espresiones fuertes y muchas veces ofensivas; pero cómo decir que un General ha corrido al frente del enemigo, sin calificarlo de cobarde; que ha suprimido el hospital militar y la Comisaría, sin designar este hecho como el mayor atentado; que ha dispuesto á su antojo de todas las rentas de Tabasco, sin tacharlo de ladrón y de arbitrario; que ha dado permisos para hacer el comercio con los americanos, sin reputarlo como traidor; que ha fusilado á un mexicano sin forma alguna de juicio, sin alzar la voz contra un ataque el mas grande á las leyes y á las garantías individuales; que ha desterrado y encarcelado á multitud de personas, sin declarar contra un acto tan despótico é inhumano; que no ha jurado la acta de reformas, sin manifestar que es ya nula su autoridad, y que está en pugna con el orden y las instituciones; que ha cometido mil absurdos, mil atrocidades, en fin, sin denunciarlo á la Nación como un hombre imbécil y como un tirano? ¿Cómo era posible decir todo esto con moderación, y en un lenguaje que no hiriese á nadie?

El Gobierno Supremo, sin embargo de las grandes atenciones que le rodean, puede, si quiere, poner término á la anarquía é infortunios de Tabasco, con solo mandar que sea relevado el Sr. Echagaray de la Comandancia con un gefe de valor, probidad y verdadero mérito. Debe tambien disponer que á dicho General se le forme causa, lo mismo que se ha hecho con otros que han perdido acciones de guerra ó plazas fuertes, para que su conducta militar sea vista ante un consejo de oficiales generales, y se le aplique la suprema circular de 24 de Julio último, que parece escrita para la persona de que me ocupo, y con presencia de su comportamiento y de sus hechos. Dicha circular dice: „Que no se ignore, ni se olvide que el oficial que mandare un punto guarnecido, está obligado á

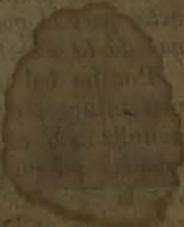
defenderse, cuanto lo permitan las fuerzas que tuviere á sus órdenes, y si alguno faltare en esto, será privado de su empleo, ó en el caso de que la defensa hubiere sido tan insignificante, que pueda decirse que entregó el punto al enemigo, sin combatir, será sentenciado á la pena de muerte.—De todos los crímenes que un oficial puede cometer al frente del enemigo, ninguno es mas horrendo que aquel que se perpetra cuando con pretestos vergonzosos abandona su punto, ya sea en accion de guerra, ó marchando á ella. No por otro motivo las leyes tienen fulminada la muerte para el delincuente, ó la privacion de empleo, segun las circunstancias del delito.—En el tratado 8º titulo 10 se han marcado las penas en que incurre el que en tiempo de guerra tuviere comunicaciones con el enemigo; de palabra ó por escrito. Los artículos 45, 46, 117 y 118 designan la muerte al que revelare á los enemigos las órdenes que tuviere. Al que por cobardía volviere la espalda en funcion de guerra, ya sea al principio del combate, á la vista del enemigo, marchando á buscarlo, esperando en la defensiva, podrá ser muerto en el acto, pues el que tal hace, no merece el goce de las garantías que dá la secuela de un juicio escrito.”

Por no haberse aplicado estas penas á los que han cometido actos de traicion y cobardía, se ha seguido demoralizando el ejército, que hoy tenia la alta y honrosa mision, que no ha cumplido, de espulsar al invasor y salvar la República. Para regenerar aquel era preciso ejercer actos terribles de severidad, principalmente entre los favoritos del General Santa-Anna, que tan mal se condujo en su eleccion y prodigalidades. Que no se disimule ni considere de ningun género el desmoronamiento que estando al frente del enemigo no pudo evitar, que dejar de llenar noblemente sus deberes. El ejército tendrá ejército, capaz de desconcertar los planes de conquista, que con inconcebible facilidad está realizando el Gobierno de los Estados-Unidos, porque esas masas informes y mal organizadas, así como las guerrillas, por grande que sea su valor y patriotismo, serán indudablemente dispersadas y destruidas por las inmensas fuerzas enemigas, que ya ocupan mas de las dos terceras partes del territorio mexicano. Hacer otra cosa, es consumir la pérdida de nuestra independencia, pues no hay ya que pensar en la paz, que nunca la ha querido sinceramente el gabinete de Washington.

Huimanguillo setiembre 10 de 1847.



Impressum in Salamanca die 19 de Julio 1833



solus
quis

